

MÁS SOBRE EL JABÓN DE MORA: ALGUNOS TESTIMONIOS PERIODÍSTICOS Y LITERARIOS

Esperamos y deseamos haber sido ya capaces de trasladar al ánimo del lector de *Memoria de Mora* la extraordinaria calidad del jabón fabricado en nuestra villa, y su importancia económica, a lo largo de dos siglos. No obstante, y tras varias referencias dispersas y dos artículos previos —[“Por mi dinero, quiérollo bueno”: el jabón de Mora en los anuncios de la prensa madrileña del siglo XIX](#), y [Del lavadero al tocador, o la irresistible ascensión del jabón de Mora](#)—, continuamos buscando, hallando y registrando otras alusiones que, Dios mediante, nos permitirán volver sobre el tema aún en más de una ocasión.

Hoy nos centraremos en varias menciones del jabón de nuestra villa procedentes de la prensa, de la literatura periodística y de la literatura a secas. Se trata de textos que comprenden un arco temporal que va de 1867 a 1926 —salvada una excepción, relativa, que comentaremos—, con especial incidencia en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX.

1. Testimonios periodísticos

El testimonio inicial, de 1867 como indicábamos, pertenece al célebre semanario satírico *Gil Blas*, que nos ofrece una muestra indirecta de la popularidad del jabón de Mora. Aparece en un artículo humorístico de un tal *Doctor Sangredo*, titulado «Música celestial.—Sinfonía del oso blanco», y que se concluye, antes de la despedida del autor, con estas breves frases:

El amor, según el poeta, es un perfume que debe oler:

Para un joven sensible, a rosa.

Para un coracero, a jabón de Mora.

Para un sacristán, a incienso.

Y para un casado, a puchero de enfermo.

Yo, que estoy resfriado y *no huelo*, reservo por ahora mi opinión ([Gil Blas, IV, 113, 31-X-1867, p. 2](#)).

Nótese que, en la línea tercera de nuestro fragmento, el autor podría haber escrito simplemente *a jabón*, esto es, al olor de la limpieza que echaría de menos el personaje: *un coracero*, que, obvio resulta decirlo, es un soldado armado de coraza; por tanto, que forzosamente ha de renunciar a su aseo personal. Por ello, la mención innecesaria no puede ser más significativa —precisamente por innecesaria— de la popularidad del jabón moracho.

Año IV.—Núm. 113.	JUEVES 31 OCTUBRE 1867.—(Repartido ayer.)	Segunda época.
PRECIO EN MADRID.		PRECIO EN PROVINCIAS.
Por un mes. 4 reales.		Por tres meses en la Admón. 45 reales.
Por tres id. 41 »		Por seis id. 28 »
Por seis id. 24 »		Por un año. 30 »
Por un año. 40 »		EXTRANJERO.—Tres meses. 30 »
La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.		ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.
Cuatro cuartos número.		Se publica dos veces á la semana.
ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.		Cuatro cuartos número.
No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al Director de GIL BLAS.		ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.
		Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.
GIL BLAS		

Cabecera del número citado de la revista satírica *Gil Blas*

En una línea parecida, pero con sentido en cierto modo opuesto —han pasado más de cuarenta años y no en balde—, José Osuna escribe, en su sección «Cosas de pueblo» de *La Correspondencia Militar*, el artículo «Hotel Olegaria», donde leemos: «Madrugué, y al ir a lavarme, pude ver que disponía de un pedazo de jabón de Mora, que para lavar ropa no digo que sea malo, pero que no es el más adecuado para lavarse las personas, a no ser que a alguno le guste verse desollado vivo» ([La Correspondencia Militar, XXXIII, 9.760, 9-XII-1909, p. 3](#)). Lo que, por mucho que embrome a costa de su aspereza, no quita al jabón de la villa ni un ápice de su fama. Bien al contrario.

Relevante muestra del conocimiento al que venimos aludiendo la hallamos en este pasaje, muy anterior y sin firma, del diario político barcelonés *La Dinastía*, donde el jabón de Mora aparece, nada menos, como la más común de las mercancías. Es verano, hay que darse tono yendo de vacaciones...:

Cerradas las Cortes, los esforzados miembros de la mayoría resuelven salir de Madrid, para que no se dude de su buena posición social.

Aun los que aparecen menos acaudalados, cuentan con recursos propios para hacer frente a los gastos de locomoción.

El que no puede tomar un billete de primera, se decide por la segunda, y el que no está en condiciones de poder satisfacer los gastos de segunda, opta por la tercera. Algunos, aunque pocos, se dirigen a la ventanilla y preguntan:

—Diga usted, ¿no podría salir para Castro Urdiales en calidad de jabón de Mora?

Más sobre el jabón de Mora: algunos testimonios periodísticos y literarios

—No, señor; hay que pagar billete de ser humano.
 —Bueno. Pues deme usted un billete de ganado vacuno.
 La cuestión es salir de Madrid, porque no parece bien que anden por las calles en esta época los diputados ministeriales, ahora que viajan hasta los fabricantes de velas de sebo («Política recreativa», [La Dinastía, VII, 3.356, 29-VII-1889, p. 1](#)).



Portada del número citado del diario *La Dinastía*

Algo semejante en parte, por lo que a nuestro tema respecta, a lo que trae Juan Gómez Landero ironizando acerca de que empleen el título de *Ultramarinos* «tiendas que solo tienen garbanzos de Fuentesauco, aceite de Montoro y jabón de Mora o de otro punto de las Antillas» («Madrid-mentira», [Madrid Cómico, VII, 243, 15-X-1887, p. 6](#));¹ es decir, mercancías de uso habitual más acá, y no más allá, de los mares.

La asociación con los garbanzos de Fuentesauco —que no dejábamos de subrayar en la propaganda que reuníamos en el artículo [“Por mi dinero, quiérollo bueno”: el jabón de Mora en los anuncios de la prensa madrileña del siglo XIX](#)— se halla también en una carta —seguramente real— a él dirigida que reproducirá unos años después Ángel Rodríguez Chaves (1847-1909) en *El Deporte Velocipédico*. En ella leemos:

Entre algunos papeles curiosos que poseo, y que procedentes, a lo que sospecho, del deshecho archivo de una de las más nobiliarias casas, andaban sirviendo en una lonja de comestibles para envolver garbanzos de Fuentesauco y empaquetar jabón de Mora,

¹ El pasaje pertenece a un artículo que se repetirá, con variantes, en [El Liberal, XI, 3.540, 24-I-1889, p. 2](#), y que más tarde será el que abra el libro del autor [Colmos y colmillos, Madrid, Fortanet, 1889](#).

tengo a la vista copia, aunque incompleta y no bien tratada, de letra de la época, de una serie de cartas en que un hidalgo de esta corte, cuyo nombre se perdió con la portada del cuaderno, daba casi día por día cuenta de los más notables sucesos acaecidos en ella durante casi dos terceras partes del reinado de Felipe IV, a un su amigo que, por el contexto de las epístolas, se colige vivía retirado de Madrid, después de haber prestado sus servicios en el Consejo de Aragón («Un velocípedo de dos siglos ha», [El Deporte Velocipédico, I, 23, 31-VII-1895, p. 7.](#)²



Portada del número citado de la revista *El Deporte Velocipédico*

Volveremos algún día, y a otro propósito, sobre este documento, que resulta tan serio como interesante. Pero habrá que regresar a revistas satíricas como *La Gran Vía* para no perder el hilo del ovillo que íbamos devanando. Y así, comentando «lo de Mora y Moret», escribe Eduardo de Palacio (h.1836-1900) por aquellos mismos días que hay algún articulista que «cree que ese Mora es el inventor, propietario y padre del jabón de Mora». ³ Lo que no es sino nueva constatación de su fama, aplicada ahora a la sátira política («Gazapos», [La Gran Vía, III, 108, 21-VII-1895, p. 2.](#)

² Copia el texto, con algunas variantes, la revista [Alrededor del Mundo, 319, 13-VII-1905, p. 32.](#)

³ Alude al llamado *asunto Mora*, un caso de política internacional relacionado con una indemnización reclamada entonces a España por los Estados Unidos. *Moret*, esto es, don Segismundo Moret y Prendergast (1833-1913), era el ministro de Estado —que hoy llamaríamos de Asuntos Exteriores— en 1894, cuando se suscitó el caso. Puede seguirlo el lector curioso a través de diversos números de [La Vanguardia](#) de julio de ese año.



[La Gran Vía, III, 108, 21-VII-1895, p. 2](#)

Como habrá observado el lector, varias de las sátiras que vamos recorriendo se basan en juegos de palabras más o menos ingeniosos de sus respectivos autores. Es el caso de *Mínimus*, en *La Lectura Dominical*, quien dice recibir «unas notas sueltas de Nicomedes, transmitidas por una lancha de pesca que se acercó a la costa de Casablanca cargada de cosas de comer, beber, arder y limpiar. Llevaba principalmente salchichones de Vich, anís del Mono, camisas de color y latas de Morote. ¡Ah!, y una buena partida de jabón de Mora para el barrio judío, con papel de Armenia» («Sección de polémica.—Fuego graneado», [La Lectura Dominical, XIV, 717, 28-IX-1907, p. 615](#)). O un par de ellas de *El Mentidero*, ambas de 1914 y ambas anónimas. Como la que reza: «El concejal y antiguo artista de Apolo, Sr. Mora, ha entrado a formar parte de la redacción de *El Socialista*./ Ya decíamos nosotros que desde algún tiempo el órgano de D. Pablo daba excesivo jabón.⁴/ El jabón de Mora» («Cosa Ayuntamiento», [El Mentidero, II, 62, 28-III-1914, p. 6](#)). A la que no negarán nuestros lectores que no falta gracia, y que, sobre todo, nos muestra una vez más hasta qué punto el producto era comúnmente conocido. O, unos meses más tarde, y aludiendo al general Valeriano Weyler (1838-1930), que visitó entonces las plazas españolas del norte de África: «Según los telegramas que recibimos de Tetuán, D. Valeriano llegó allí de incógnito; pero en seguida le conocieron, porque es un hombre que no se despinta así lo laven con jabón de Mora (Toledo)» («Valeriano se sonrío», [El Mentidero, II, 79, 25-VII-1914, p. 8](#)).

⁴ Alude a D. Pablo Iglesias (1850-1925), fundador del Partido Socialista Obrero Español. Por su parte *El Socialista*, órgano del partido, había sido creado en 1886.



VALERIANO SE SONRÍE

Ya saben ustedes que nuestro sin igual Valeriano se fué a Marruecos. Nosotros lo supimos seis días antes, porque le encontramos en las Américas comprándose una chilaba de lance (que por cierto fué la que usó Moncayo en *El perro chico*), unas zapatillas de orillo y un fez que llevó en vida el célebre vendedor ambulante de hierbas para expulsar la solitaria.

Según los telegramas que recibimos de Tetuán, D. Valeriano llegó allí de incógnito; pero en seguida le conocieron, porque es un hombre que no se despinta así lo laven con jabón de Mora (Toledo).



Dos de las notas de *El Mentidero* (1914), con la portada del número en que aparece la segunda de ellas

Otras sátiras se mueven en el ámbito de lo grotesco. Es el caso de una posterior del mismo *El Mentidero*, en la que se pregunta el personaje: «Oye, ¿qué tal estaría rebozado ese cuarto de kilo de jabón de Mora que subistes [sic] ayer?» («Aquí la diña hasta el gato», [El Mentidero, V, 219, 24-III-1917, p. 9](#)), en un hambre que recuerda de cerca los apuros de los pupilos del Dómine Cabra en el célebre *Buscón* de Quevedo. Un camino, por cierto, que treinta años antes ya había recorrido el gran escritor satírico Luis Taboada (1848-1906) en *Madrid Cómico*. En uno de los artículos de su serie «De todo un poco», presenta en el Monte de Piedad «a varias patronas que habían convertido en moneda contante y sonante el jugo gástrico de los huéspedes, y ahora van a buscarla al Monte, creyendo que no está segura». Entre ellas doña Paca, la patrona del autor

o narrador, a la que, entre otras hazañas: «Un día la sorprendimos guisando un trozo de jabón de Mora que quería hacer pasar por lengua de vaca; y entonces decidimos mudarnos todos, a excepción de un capellán de regimiento que la acompañó hasta los últimos instantes de la casa de huéspedes; bien que después supimos que el tal capellán asaltaba por la noche la despensa y había despachado, en menos de un mes, un jamón de treinta libras y dos metros y medio de longaniza riojana» ([Madrid Cómico, VIII, 297, 27-X-1888, p. 2](#)).



Retrato fotográfico de Luis Taboada, por *Kâulak*
(<http://www.tallerediciones.com/>)

Autor este que, en la misma serie, nos presentará unos años después otra referencia de nuestro jabón satirizando ahora a los niños que no se lavan: «Para algunas madres tiernas de corazón el agua es el enemigo natural de las criaturas; si el niño quiere dejarse lavar buenamente, se lava, y si no, se le deja; de modo que hay niños de color de café con leche y niños grises y niños jaspeados, como el jabón de Mora» (Luis Taboada, «De todo un poco», [Madrid Cómico, XV, 643, 15-VI-1895, p. 2](#)). Como el jabón de pinta de Mora, cabría puntualizar.

En otras ocasiones, y aunque alguna vez no falte el toque humorístico, las menciones periodísticas del jabón de Mora resultan perfectamente serias. Es el caso de «El motín de los vendedores», que informa sobre los tumultos habidos en Madrid a comienzos del verano de 1892: «El numeroso grupo de lavanderas se formó en la Morería, siguiendo la bandera que empuñaba una de ellas, consistente en un palo de escoba, del cual pendía un trapo negro./ El grupo, que recordaba al de las lavanderas de *Thermi-*

dor, subió por los Consejos. La guardia de este se apercibió, pero las lavanderas pasaron dando vivas al ejército y al jabón de Mora» («El motín de los vendedores», [El Siglo Futuro, XVIII, 5.208, 3-VII-1892, pp. 1-2](#)).

O, pocos años después, y en un contexto no muy diferente, *El País* apoya las reivindicaciones de los dependientes de ultramarinos (que hoy se nos hacen literalmente asombrosas): cerrar las tiendas a las nueve de la noche y los domingos a las dos de la tarde. Escribe el periodista anónimo con un sesgo lírico: «Mucho endulza la cautividad de tales prisioneros el momento de sabrosa plática sostenida con las parroquianas, que es fama que buscan en la tienda de ultramarinos, tanto como la panilla de aceite, o la media libra de jabón de Mora, el requiebro del que se la despacha; pero precisamente tales expansiones hacen más necesarias unas horas de libertad para el prisionero («Obreros y patronos.—El dependiente de ultramarinos», [El País, XI, 3.770, 30-X-1897, p. 1](#)).

Treinta años después, hallamos en *ABC* y *El Sol* ecos de la porfía sobre el *Castile Soap*, esto es, el *Jabón de Castilla* que se exportaba a Estados Unidos y que en parte era de Mora. Como escribíamos en un artículo anterior ([Del lavadero al tocador, o la irresistible ascensión del jabón de Mora](#)), los industriales de la villa se equivocaron de medio a medio al no promover la marca *Jabón de Mora* y aceptar incluirse en la de *Jabón de Castilla*, que parece fundada del todo en el producto moracho. Traemos el caso a propósito de la breve polémica en la que se enzarzan Miguel de Zárraga, quien había afirmado que tal vez ni siquiera se conocía en Castilla ese jabón a pesar de exportarse en grandes cantidades a los Estados Unidos, para añadir que en realidad procedía de Andalucía («*ABC* en Nueva York.—El jabón de Castilla», [ABC, XXII, 7.363, 6-VIII-1926, p. 17](#)); se enzarza, decimos, con Antonio López Roberts, quien replica: «Pero ¿es posible ignorar que en los campos de Toledo se mantienen en pleno rendimiento y con las mismas virtudes y excelencias los olivares cuyos aceites, de finura incomparable, dieron fama al antiguo jabón de Mora?» («El jabón de Castilla», [El Sol, X, 2.817, 16-VIII-1926, p. 2](#)).⁵

Y aún, cuando el jabón de Mora no pasa de ser una reminiscencia del pasado, lo recordará en *ABC* Luis de Armiñán (1899-1987), quien, citando al periodista Dionisio Chaulí (1814-1887), rememora las verbenas madrileñas de mediados del XIX con estas palabras: «Uno ha empezado a verlas en el propio Paseo del Prado. En el mismo lugar

⁵ Y así era: en estos años veinte, La Fábrica Grande exportaba la mayor parte de su producción a los Estados Unidos, donde era ampliamente conocida, como tendremos oportunidad de mostrar en nuestro próximo artículo *Mora en el diario «La Acción» (1920 y 1922)*.

Más sobre el jabón de Mora: algunos testimonios periodísticos y literarios

que dice don Dionisio y precisamente allí. Y en La Florida, ante la capilla de San Antonio, con aledaños al otro lado del río donde las lavanderas hacían su trabajo con jabón de Mora y puños de mujer, amén de un sol que daba blanco a la ropa sin necesidad de azulete y derivados de la lejía en escamitas» («Ya está aquí la verbena.—Veladas del pueblo de Madrid», [ABC, LVIII, 18.482, 12-VI-1965, p. 33](#)).

2. Testimonios literarios

Son también estos testimonios muy diversos en todo, y en más de una ocasión se sustentan en una base periodística, en el sentido de que aparecieron en la prensa antes que en el libro, pero no creemos que eso anule su carácter propiamente literario. Es el caso, comencemos, de «La señá Urbana», un relato de Fernando Martínez Pedrosa (1830-1892) en el que se dice de la protagonista: «La Urbana se refregó las manos con una concha [‘una pastilla’] de jabón de Mora, porque era limpia como los chorros del oro, eso sí» ([La Ilustración Católica, 5ª época, XIII, 30, 25-X-1888, p. 356](#)).



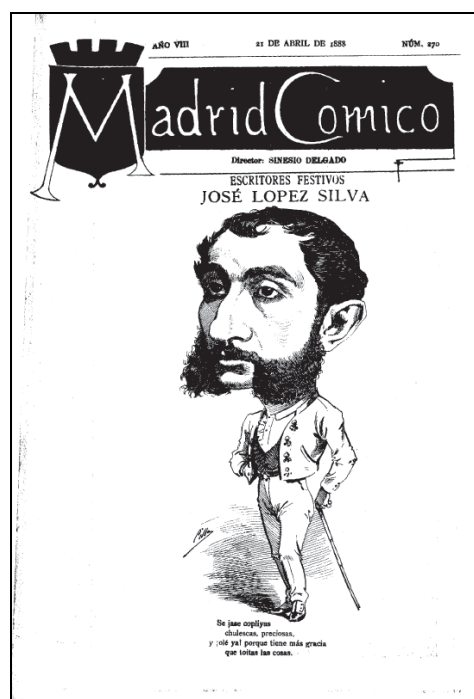
«Como debía ser», en [Nuevo Mundo, XXVIII, 1.456, 16-XII-1921](#)

En otro cuento, ahora de José Fernández Amador de los Ríos (?), se escribe de un personaje: «La noticia de que este abría una tienda de velas, jabón de Mora, lejía Fénix y otros comestibles, fue recibida con estupendas burlas en todas las redacciones de los periódicos madrileños» («Como debía ser», [Nuevo Mundo, XXVIII, 1.456, 16-XII-1921,](#)

[s.p. \(p. 16\)](#). Nos muestra —como vimos ampliamente ya en *Memoria de Mora*— hasta qué punto el jabón de Mora era inevitable en las llamadas tiendas de ultramarinos.

Las más de las citas restantes aluden, y parece natural, a cuestiones de limpieza, como sucede en los versos bufos de *Una consulta*, de José López Silva (1861-1925), que pertenece a [Gente de tufos: colección de poesías \(Madrid, Fernando Fe, 1905\)](#). Se trata de un texto humorístico, en el que don Antonio Maura (1853-1925), entonces presidente del Gobierno, llama a Indalecio Montánchez, el *Gandumbas*, un hombre del pueblo, para pedirle parecer. Este se acicala para acudir a la visita:

[...] mandé a mi nieta por medio
kilo de jabón de Mora
a fin de llevar el cuerpo,
si no descombrao del too,
con comodidaz al menos;
me puse la ropa buena,
cogí dos reales en perros
y el vergajo, y a los veinte
minutos, diez más u menos,
ya estaba frente a la casa
donde él habita [...]



(A la derecha, caricatura de López Silva, por Ramón Cilla, en la portada de [Madrid Cómico](#), 21-IV-1888)

También versos, y también en este caso de la prensa, son los de las «Coplas del día.— Que conste», de Luis de Tapia (1871-1937), que aparecieron en [La Libertad](#), III, 639, 20-XII-1921, p. 1, y que transcribimos:

Conste que yo no tengo
roce ninguno
con nada que en la vida
sea moruno.

Tenía unas babuchas
de oro bordado;
pero hoy, por miedo a Cierva,
las he empeñado.

No hay modo de que en casa
recibir pueda
ni a Moral, ni a Morote,
ni a Moraleda.

Aunque un cólico atrape,
juro en mi mente
que no he de tomar moras
en aguardiente.

¿Bajar yo al Manzanares?...
¡Sí, en seguidita!...
¡Por el Campo del Moro,
que pase Rita!

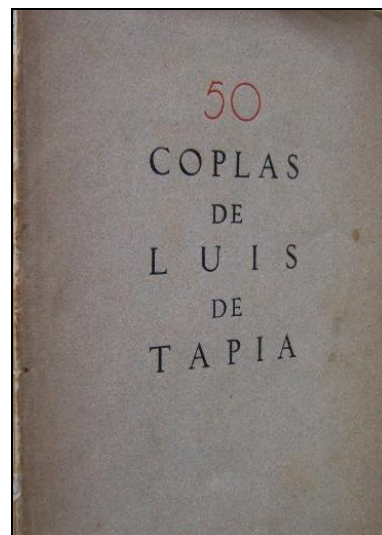
Juro no ser moroso
cuando haga un pago;
ni de morapio tinto
beber ni un trago.

Al cartero hace días
que no me arrimo...
(¡Que escriba a... su familia,
si quiere, el Krimo!)

¡Hasta la actriz Moragas
mi odio conserva!...
(A mí no me enchirona
don Juan La Cierva.)

Sé que aquí, de culpables,
jamás hay pista,
y que sólo a presidio
va el periodista.

Conste, pues, que estoy limpio,
linda lectora;
limpio, pero no he usado
jabón de Mora.



Cubierta de *50 coplas de Luis de Tapia* (1932)

(<http://www.todocoleccion.net/>)

El prejuicio antiárabe, explicable en la época, se transmuta en prejuicio antibohemio en un breve texto anterior en el tiempo, que también apareció en la prensa, pero que afecta a los literatos de cierto tipo en los regalos que el autor pide en Reyes para ellos: «Al poeta Carrere [Emilio Carrere, 1881-1947] y compañeros de bohemia, cuatro kilos de jabón de Mora y media docena de estropajos» («Calendario.—2 semana canalejista.—Sábado.—Los regalos de Reyes», *El Fusil*, XV, 697, 13-I-1912, p. 3).



Cabecera de *El Fusil* correspondiente al ejemplar indicado

Dejamos a propósito para el final tres referencias de dos de los más grandes autores del siglo XIX y de toda nuestra literatura. Corresponden las dos primeras a doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921), y aunque son propiamente periodísticas, la significación de su autora nos lleva a incluirlas en este apartado. Son perfectamente serias en ambos casos, y en ellos el jabón de Mora ocupa un lugar bien destacado, como verá el lector:

Si hay un consejo sanitario que dar es este: *limpieza, limpieza, limpieza*.— No voy a incurrir en la vulgaridad de asegurar que la limpieza es cosa fácil ni barata. He oído a veces

repetir: «Los pobres podrían ser limpios: agua para lavarse la tiene cualquiera». A esos les llevaría yo a las fuentes de mi pueblo, que es importante capital de provincia, de unas 50.000 almas —La Coruña—. Y verían como, por una *sella* de agua, corre a veces la sangre. ¡El agua escasea en tantos sitios! Y hasta donde no escasea, ¡qué esfuerzo para el pobre ir a buscarla, tener vasija donde recogerla, traerla a casa con mil fatigas, bajo la lluvia, bajo el sol, perdiendo el tiempo que otros trabajos le reclaman!— El agua, además, supone *jabón*. El jabón cuesta caro. Y os hablo de lo más elemental de la limpieza, el abecé: *agua, jabón*. Pensad en las esponjas, en los múltiples cepillos, en los alcoholes, elixires, desinfectantes, en las montañas de ácido bórico, en las toallas y bañadores, en los muebles y artefactos que reclaman el aseo de una persona medianamente pulcra. Calculad si es dado al pobre mudarse con frecuencia, bañarse nunca enteramente, friccionarse, cumplir los ritos de esta religión del aseo que tiene sus iniciados, sus fanáticos, y también, ¡ay!, sus numerosos disidentes y heresiarcas.— Si el pobre carece de pan, no soñar en que compre jabón de Mora; si guisa las patatas *viudas* en desportillado puchero, no lo pidáis que posea un *tub* ni siquiera un barreñón para sanificar su piel... («La vida contemporánea», [La Ilustración Artística, XVIII, 925, 18-IX-1899, p. 602](#)).



Retrato de Emilia Pardo Bazán en 1896, por Joaquín Vaamonde
([Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#))

Seis años después, en la misma serie y en la misma revista, escribía doña Emilia que la chinche y la mosca «son supervivencia de las épocas en que no era conocida la higiene sino en cuanto puede conocerse por raro instinto, pero no en su actual forma científico-popular». Añade que esos dos bichos no deben coexistir con la civilización: «Para exterminar a esos dos bicharracos bastaría lo más sencillo, prodigar el agua y el jabón de Mora, sin recurrir a complicadas desinfecciones y a campañas de antiseptia»

Más sobre el jabón de Mora: algunos testimonios periodísticos y literarios

(«La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, XXIV, 1.227, 3-VII-1905, p. 426). Interesantísimo: no escribe *agua y jabón*, sino *agua y jabón de Mora*. Resulta obvio: el de Mora es *el jabón* para Pardo Bazán.



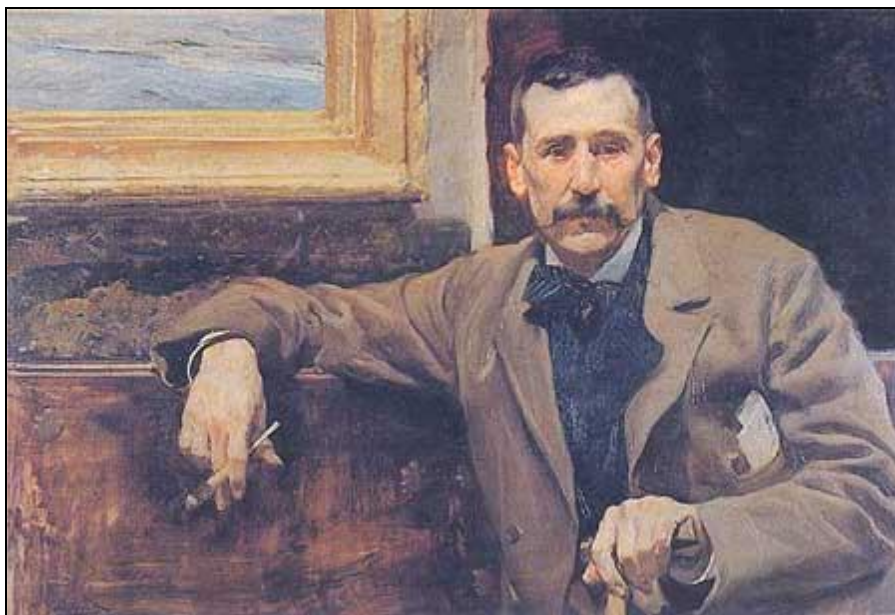
«La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, XXIV, 1.227, 3-VII-1905, p. 426

Cerraremos el ciclo con la joya mayor, a la que nos habíamos referido ya una vez en *Memoria de Mora* —en el número 2 de nuestros *Breves*—, pero que ahora quisiéramos citar por extenso para otorgarle el relieve que merece, rehaciendo a la vez el contexto inmediato en que aparece. Se presenta en *Ángel Guerra* (1891) una de las obras maestras —de las muchas obras maestras— de don Benito Pérez Galdós; donde leemos:

Pues don Francisco, pegado a las mesas de plancha, no las dejaba trabajar con desahogo, por lo que su sobrina mayor tuvo que echarle un sofión y rogarle que se fuera a dar un paseíto. Al anochecer, a la hora del rosario, cuando las dos mujeres tomaban alientos después de su penosa brega, don Francisco, en vez de ponerse a rezar, se dedicó a tomar a Justina la cuenta del día, infalible ocupación del ingenioso presbítero en los ratos que precedían a la cena.
—Vamos a ver. ¿A cómo te han puesto hoy el cuarto de cabrito?

- A tres reales y medio.
- ¡Dios humanado, qué carestía! En mis tiempos tenías el cabrito que quisieras a veinte, veintidós cuartos.
- Pero como no estamos en los tiempos de usted sino en los míos... Pues las patatas van hoy a tres perras y media la cuarta arroba.
- ¡Tres perras y media, Virgen!, o séanse, cuartos once y medio. Con estas perras y gatas no sabe uno nunca el dinero que tiene. ¿Trajiste el bacalao? Bueno. Si Gaspar no te pesa bien, te vas a la tienda del Vizcaíno. Aquí no nos casamos con nadie. Otra: ya te he dicho que no me traigas chorizos que no sean de los de tres por un real. ¡Buenos están los tiempos para echar esos lujos de choricito de a real vellón!
- ¿Cómo a real? A treinta céntimos he traído dos para esa boca salada. Para nosotras, de los baratos.
- ¡Zapa! Pero ¿te has figurado tú que yo soy el señor Cardenal? Mira, Justina, que con estos trotes vamos todos zumbando a la Beneficencia..., o al asilito que van a fundar las amigas de ésta, y allí la propia Lorenza nos dará la bazofia con un cucharón muy grande... ¡Ji, ji, ji...! Sigamos. Por lo que toca a huevos, puedes traer desde mañana seis, pues con Lorenza tenemos una boca más.
- Ocho, tío. No apriete usted tanto.
- ¿A cómo está la media docena?
- A tres reales.
- ¡Serán de dos yemas! ¡A tres reales! Hija, ni en Madrid. ¡Quién conoció la docena a peseta, y aun a menos! Este Toledo, con los dichosos adelantos, se está poniendo que no pueden vivir en él más que los millonarios. Oye: paréceme que ya no hay chocolate.
- No, señor. Es decir, en la chocolatería, sí lo hay; aquí, no.
- Pues venga una libra; pero no me pases de tres reales.
- Para nosotras, sí; pero para el señor beneficiado lo traeré de a cinco.
- Que no, ¡zapa! Yo soy como los demás. No quiero regalos ni melindres. Igualdad, Justina, y déjate del bizcochito y la friolerita para el viejo. Ahí tienes cómo se pierden las casas. Yo estoy hecho a todo, como sabes, y cuando me llevo a la boca una golosina me acuerdo de que estos pobres niños podrán carecer de pan el día de mañana, y créelo, con tal idea, lo más dulce me amarga, y lo más rico me sabe a demonios escabechados. Conque..., vamos a cuentas.
- Hizo su cálculo de memoria, y entregó a su sobrina una corta cantidad, casi toda en cobre, sacándola pausadamente de un bolsillo de seda roja con anillas, que envolvió y sumergió después por aquellas cavidades que tenía dentro de la sotana verdosa.
- ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Y jabón?
- Es verdad. Venga para jabón, que se está concluyendo.
- Traerás del amarillo.
- Para los cadetes; pero para los señores canónigos, no. Luego dicen que huele mal la ropa y que no está bien blanca.
- Menos blancas están sus conciencias.
- El que se me queja más es don León Pintado, a quien le cae bien el apellido, por lo que presume.
- Como que apesta de tan elegante como se pone. ¡Ea, zapa! Échales a todos jabón amarillo, y que salgan por donde quieran. No veo por qué hemos de guardar menos consideración a los pobres cadetes, que son los que dan de comer a esta ciudad empobrecida... En fin, para que no se queje nadie, te traes un poco jabón del pinto de Mora, para dar una jabonadita antes de aclarar, ¿entiendes? Y a todos los tratas igual, canónigos y cadetes, que tan hijos de Dios son los unos como los otros. ¡Reina de los cielos, lo que se gasta! (*Volviendo a sacar la culebrina, y mirando a Leré, que callada y sonriente humedece la ropa.*) Sólo para patatas no bastara la mitad de las rentas de la Mitra, pues tu hermanito el monstruo, y los que no son monstruos, se comen una calderada cada día.

—Vamos, no rezongue usted tanto, tío, que hasta ahora, gracias a Dios...
—No, si yo no me quejo. Coman todos, y vivan, y engorden, y gracias sean dadas al Señor. Pero nos convendría mejorar de fortuna, créelo, y eso depende de quien yo me sé. El mayor de los errores, en estos tiempos de decadencia, es empeñarnos en dejar lo fácil por antojo y querencia de lo difícil; hay personas tan obcecadas que desprecian lo bueno por correr tras de lo sublime; y lo sublime, hija de mi alma, lo sublime (*con cierta inspiración*) hace tiempo que está borrado, no sé si provisional o definitivamente, de los papeles de esta pobrecita Humanidad ([Ángel Guerra, Madrid, La Guirnalda, 1891, 2ª parte, II, 4, pp. 64-67](#)).



Retrato de Galdós en 1894, por Joaquín Sorolla
([Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#))

Llegados aquí, y con el recuerdo de lo ya tratado en *Memoria de Mora* sobre la cuestión, comprobamos cómo el jabón de Mora no solo es conocido entonces, y estimado, en las llamadas tiendas de ultramarinos, sino en todas partes. Es tema de la prensa satírica, del costumbrismo periodístico, de la información del día, de la poesía burlesca..., y hasta de la literatura de autores tan grandes como doña Emilia Pardo Bazán y don Benito Pérez Galdós. Lo que no es poca cosa, ¿no creen ustedes?